



Capítulo 201

La sonrisa incómoda del rey Pamilono.

Jenira, con una sonrisa perfecta.

A través de esa toma doble, Alon pudo comprender la situación en el Principado de Luxibl.

De hecho, no había necesidad de adivinar.

Cualquiera podía ver que el rey Pamilono había sido completamente sometido por Jenira.

«¿Qué ha pasado aquí?».

Alon sentía curiosidad por las circunstancias que habían llevado a la estructura de poder actual, pero pronto dejó de pensar en ello.

Era intrigante, pero en última instancia significaba que la tribu de la Serpiente del Trueno, a la que él había favorecido en el pasado, había tomado el control de Luxibl.

Esa era una situación abrumadoramente favorable para Alon.

Especialmente ahora, cuando la tribu de la Serpiente del Trueno lo confundía con Kalannon, el Receptor del Rayo.



«Soy el marqués de Palatio».

«He oido hablar mucho de usted, es decir, he oido muchas historias».

El rey Pamilono cambió apresuradamente sus palabras a mitad de la frase, mirando nerviosamente a Jenira.

Un rápido vistazo a los alrededores reveló que los soldados, aparentemente acostumbrados a esta dinámica, no mostraron ninguna reacción.

Tras intercambiar saludos formales, Alon dio por concluida la audiencia.

O, más precisamente,

Alon tenía la intención de mostrar un poco de decoro, pero...

—Ejem, ya que eso está hecho, creo que puede retirarse, marqués Palatio.

«... ¿Es así?».

La expresión del rey, que claramente parecía suplicar: «Por favor, vete ya», no le dejó a Alon más remedio que salir.

«Como has dicho, muchas gracias por venir».

En cuanto salieron de la sala de audiencias, Syrkal inclinó rápidamente la cabeza en señal de respeto.



Alon negó con la cabeza, incómodo.

«No es nada. Vine aquí porque tenía un asunto que atender».

«Por favor, dime de qué se trata».

«El rayo... No, mi símbolo... ¿Dónde está?».

Ante la pregunta de Alon, Syrkal ladeó ligeramente la cabeza, pero pronto se dio cuenta y soltó un pequeño «Ah».

«Está en el mismo lugar que la última vez».

«Si te refieres al lugar de la última vez, ¿te refieres a las ruinas?».

«Sí. Sin embargo...».

Syrkal se calló y luego añadió con expresión de disculpa:

«Puede que ahora sea muy difícil ir allí».

«¿Por qué?».

«¿Has oído las noticias sobre la selva de Lonovellia?».

Los rumores que Evan había mencionado.



«¿Te refieres a la magia negra?».

«Sí, así es. Debido a esa magia, probablemente te resulte muy inconveniente ir allí ahora mismo».

«Hmm...».

Alon dejó escapar un pequeño suspiro.

En el fondo, esperaba que la situación acabara así.

Pero, aun así, no podía quedarse ahí esperando sin hacer nada.

Si no llegaba a ese lugar en una semana, Kalannon desaparecería.

Aunque no era su intención, sentía una ligera responsabilidad por haber tomado el poder divino.

Además, la propuesta de Kalannon de enseñarle a manejar el poder divino era bastante tentadora.

Podía sentir y manipular la esencia divina, pero aún no entendía los principios ni los métodos para usarla.

Además, si la entidad que propagaba la magia negra era un apóstol de la pereza, entonces Alon tendría que ocuparse de ella de todos modos.

Al final, solo había una conclusión posible.

«¿Estás seguro de que mi símbolo está dentro de esa ruina?».

«Sí. ¿Puedo preguntarte si tienes intención de entrar?».

«Supongo que sí».

Ante eso, Syrkal volvió a inclinarse profundamente.

«... En ese caso, te acompañaremos».

Alon negó ligeramente con la cabeza.

—No será necesario.

«No, no podemos quedarnos aquí mientras aquel a quien servimos se expone al peligro. Por favor, permítanos acompañarte».

Pero Syrkal no dio señales de ceder.

En realidad, si Alon hubiera sido él mismo, no solo la habría traído a ella, sino a tantas personas como fuera posible.

A menos que hubiera un desequilibrio de poder drástico, contar con más personas siempre era ventajoso.

Sin embargo, la razón por la que Alon dudó...



«Si esa cosa es realmente el «Pecado de la Pereza», como sospecho, entonces tener más gente sería una desventaja. Cuanta más gente se reúna, más fuerte se vuelve».

Se debía a la naturaleza de la entidad que propagaba la magia negra.

Mientras contemplaba el peor de los casos, Alon finalmente habló.

«Entonces, aceptaré tu guía solo hasta el límite de la magia negra».

Pero...

«El verdadero peligro se encuentra en el interior de la zona de magia negra».

Syrkal seguía sin poder ocultar su preocupación.

La persuasión típica no funcionaría en absoluto con ella.

Ante su postura decidida, Alon dudó brevemente, respiró hondo y luego declaró con firmeza:

«No te preocupes. ¿Quién crees que soy yo?».

Por supuesto, tan pronto como lo dijo, se arrepintió inmediatamente.

«Ah, qué vergüenza».

Si fuera un ser innegablemente poderoso, no habría vergüenza en decirlo.

Pero como él no se veía a sí mismo de esa manera, no era más que bravuconería.

Sin embargo...

«Mis disculpas».

Para Syrkal, que había confundido su identidad, fue la persuasión perfecta.

«Guíame».

Tragándose su vergüenza, Alon decidió seguir adelante.

«Ejem».

Aclarando la garganta por la vergüenza, Alon subió al carroaje.

A su alrededor se encontraban los miembros de la tribu de la Serpiente del Trueno y los soldados.

Mientras Alon miraba fuera del carroaje, su mirada se posó en Evan, que estaba sentado frente a él.

«¿No vas a preguntar esta vez?».

«¿Eh? ¿Sobre qué?»



En lugar de responder, Alon señaló hacia la ventana.

Evan siempre había hecho preguntas cuando algo no tenía sentido.

Pero esta vez estaba extrañamente callado, así que Alon preguntó primero.

—Ah...

Evan se encogió de hombros ligeramente.

«Bueno, ahora lo entiendo más o menos».

«... ¿Qué es exactamente lo que entiendes?».

«Que eres Kalannon, el Receptor del Rayo».

«.....»

«Lo pensé».

«¿En qué?»

«Sería un poco raro que yo, que viajé contigo todo el tiempo, te preguntara cada vez: «¿Esto es real?», ¿no?».

Bueno, si fuera yo, seguiría sintiendo curiosidad...



pensó Alon para sí mismo.

Pero Evan, como si ya se hubiera rendido, se recostó cómodamente contra el respaldo.

«Así que he decidido aceptarlo todo».

«¿En serio?».

«Sí. A estas alturas, aunque me dijeras: «¡En realidad soy el dios de Sironia!», te creería».

«El dios de Sironia es una diosa, ¿no?».

«Lo creería incluso si me dijeras que eres mujer».

Irradiaba una sensación de distanciamiento, como si hubiera trascendido las preocupaciones mundanas.

Como respondiendo a esto, Blackie asomó la cabeza por el bolsillo de Evan y miró a Alon.

«Ya veo».

«Bueno, sí».

El silencio volvió a instalarse en el vagón.



Después de un rato...

«Hemos llegado».

Una voz anunció su destino.

La visión de Alon pronto se llenó con la imagen de una selva, no, un dominio, donde la magia negra se arremolinaba siniestramente.

«... ¿Todo el territorio está en este estado?».

«No, no todo, pero aproximadamente la mitad ha sido consumido, así que todo el mundo ya ha sido evacuado».

Como para confirmar las palabras de Syrkal...

«Está completamente desolado».

Kaslot, que antes había estado llena de gente, ahora estaba vacía.

Después de contemplar por un momento la desoladora imagen,

Alon se fijó en las tiendas de campaña instaladas cerca del límite donde se agitaba la magia negra.

«... ¿Qué es eso?».

«Pertenecen a los caballeros de Calibán».

«¿Los caballeros de Caliban? ¿Qué hacen aquí?».

«He oido que han venido buscando a alguien».

«¿Buscando a alguien?».

Mientras reflexionaba sobre la inesperada respuesta...

«... ¿Eh?».

«¿Eh?»

De las tiendas salieron rostros conocidos.

«... ¿Reinhardt? Y...».

Era Reinhardt, una de las espadas de Caliban, con quien había trabajado brevemente en la selva anteriormente.

Y...

«¿Deus?».

«...Marqués».

Cualquiera podía ver que Deus parecía completamente agotado.



Sin embargo, sus ojos seguían ardiendo de rabia.

En ese momento, Alon se dio cuenta de por qué Deus tenía ese aspecto.

«Deus, ¿qué haces aquí?».

Deus apretó los puños con fuerza.

«... Mi hermanita...».

Mordiéndose el labio, apenas logró pronunciar las siguientes palabras.

«La han secuestrado».

Alon no supo qué decir.

Dentro de la tienda, Alon escuchó mientras Deus le explicaba la situación con detalle.

«En resumen, ¿el que secuestró a Sili te atrajo hasta aquí?».

«Así es. Pero...».

«¿No puedes hacer nada por culpa de la magia negra?».



«Ese cabrón...».

Apretando los dientes, Deus bajó la cabeza.

«Cuanto más me adentraba, más veía cómo el hilo alrededor del cuello de Sili se tensaba ante mis ojos».

Sus manos, apoyadas en las rodillas, temblaban ligeramente.

«... ¿Alguna otra exigencia?».

«Mientras no me meta en la magia negra, no le apretaré el cuello a Sili».

«Entonces, ¿están obligando a otra persona a ir a rescatarla?».

«Sí. Pero cualquiera que entre se convierte inmediatamente en una marioneta».

Reinhardt añadió desde un lado.

«Si no cortas constantemente los hilos que se forman, perderás el control de tu cuerpo en un instante».

Frunció profundamente el ceño, como si recordara una experiencia desgradable.

Después de escucharlos a ambos, Alon comprendió la situación.



«Están obligando deliberadamente a alguien que no sea Deus a ir tras Sili. Al hacer que otros mueran en el proceso, están tratando de quebrantar el espíritu de Deus».

Tampoco era difícil averiguar el verdadero objetivo del Apóstol.

Más que simplemente matar a Deus, su objetivo era destrozarle la mente.

Estaban utilizando deliberadamente la vida de Sili como cebo, manipulando a los caballeros para hacer sufrir mentalmente a Deus.

Al final, probablemente acabarían con todo de la forma más traumática posible, destrozándolo por completo.

«... No».

En este momento, Sili podría estar ya...

Alon miró la ira ardiente en los ojos de Deus y no se atrevió a hacer la pregunta.

En ese momento...

Cualquier pregunta sobre Sili solo destrozaría la ya frágil psique de Deus.

Así que, en su lugar, Alon desvió silenciosamente la mirada hacia el bosque que se veía desde la tienda.



«¿Dónde se esconde ese bastardo?».

«Aquí».

Deus señaló inmediatamente un punto en el mapa.

A pesar de su rostro agotado, sus movimientos eran ágiles.

En ese momento...

«... Este lugar».

Syrkal se unió a la conversación.

«¿Lo reconoces?».

preguntó Alon, y ella asintió con la cabeza.

«Aquí es donde está el símbolo».

«Entonces este lugar es...».

«Sí. Son las ruinas donde solía residir nuestra tribu».

Alon se quedó pensativo por un momento antes de preguntar a Deus y Reinhardt:



«Entonces, ¿cuál era su plan para seguir adelante?».

«En un principio, tenía la intención de entrar yo mismo e intentar un rescate, pero me superaban por completo. Apenas logré escapar».

«¿Los caballeros entraron contigo?».

«Sí. En cuanto nos adentramos lo suficiente, comenzaron los ataques».

«Los caballeros...».

Antes de que Alon pudiera terminar su pregunta,

la expresión de Reinhardt se volvió sombría.

«Están todos... muertos».

«¿Todos?».

«Sí. Al principio, cuando nos dimos cuenta de que estaban siendo controlados, planeamos noquearlos y llevarlos de vuelta.

Pero en el momento en que sus cuerpos se quedaron flácidos, sus cuellos se rompieron al instante y murieron en el acto».

«.....»

«Pero sí que conseguimos aprender una cosa».

«¿Qué es?».

«Parece que los hilos negros no pueden controlar a más de tres personas a la vez».

«¿No pueden controlar a más de tres?».

Alon repitió la afirmación y Reinhardt asintió con la cabeza.

«Sí. De los quince caballeros, solo tres estaban controlados a la vez».

«... ¿Y el resto no se vio afectado?».

«Así es».

Reinhardt continuó con su explicación.

«Por eso estaba ideando una estrategia. Si solo puede controlar a tres personas a la vez, podemos dividirnos en parejas y contrarrestarlo».

«... ¿Así que tu plan es que todos entremos juntos y alcancemos el objetivo a la vez?».

«Sí. Si dividimos a los caballeros en seis grupos, podemos activar nuestra magia por turnos para conservar energía mientras avanzamos. De esa manera, no será difícil».



Después de escuchar toda la explicación, Alon permaneció en silencio durante un momento.

Por lo que él sabía, Sins no tenía límites a la hora de controlar a las personas.

«¿Es porque solo es un apóstol?».

Mientras reflexionaba sobre esta nueva información, pronto llegó a una conclusión.

Y entonces, sin darse cuenta, soltó una risita.

Si su suposición era correcta...

«Ese plan... deberías abandonarlo».

«¿Por qué?».

«Es una trampa».

«¿Una trampa?».

Sin duda era una trampa.

«El que secuestró a Sili no se limita a controlar solo a tres personas a la vez».

«... ¿No son tres? Entonces, ¿por qué parecía que...?»



Era una trampa desagradable y astuta.

«Quieren atraerte hacia ellos. Una vez que te adentres lo suficiente, más allá del punto de escape, te aniquilarán de golpe».

«Entonces...»

«Pusieron el cebo a propósito».

Reinhardt, a punto de discutir, cerró la boca de repente, como si algo le hubiera hecho reaccionar.

Deus apretó los dientes con más fuerza aún.

Tan fuerte que la sangre se le escapó por los labios.

Era una clara manifestación de su ira incontrolable.

Mientras un aura teñida de violeta irradiaba débilmente desde Deus, su mirada ansiosa y furiosa se fijó en el bosque negro que tenía delante.

«¿Qué hacemos...?»

Su voz apenas se escapó como un murmullo.

«No te preocupes».



«... ¿Marqués?».

Alon habló con voz firme.

«Tengo un plan».

En ese momento.

«Jefe...».

«¿Por qué...?»

En lo profundo de la selva de Lonovellia.

En lo alto de una formación rocosa esculpida en los acantilados, una chica con una expresión de aburrimiento absoluto giró lentamente la cabeza.

«¿Por qué me llamas?».

Ella miró al hombre de piel azul que se dirigía a ella.

«Se trata de ese tipo negro al que me dijiste que vigilara».

«¿Mmm? ¿Qué ha hecho?».



«No, no es eso».

«¿Ha traspasado los límites?».

«No, eso tampoco».

«Entonces, ¿por qué?»

El tono de la chica se endureció ligeramente.

Como ella estaba naturalmente más nerviosa durante el día, el hombre de piel azul se rascó la cabeza antes de dudar.

«Bueno, eh... ¿Qué era?».

«Si no es nada, te mataré».

«¡No, caray, amenazarme me hace olvidar aún más!».

«Date prisa y habla».

«Ah, ah... ¿Sabes esa cosa de la legitimidad de la que hablabas?».

«Mmm».

«Bueno, esa persona de la legitimidad parece dirigirse hacia el chico negro. Y por lo que parece, diría que... las cosas no terminarán bien para ellos».

Mientras se transmitía el mensaje,

«¿Qué? Espera, éva a venir aquí? No, lo más importante es...».

La chica, que había estado mostrando un claro malestar, no, una de las gobernantes de las Cuatro Grandes Potencias, se quedó paralizada de repente.

«¿Ese bastardo está a punto de poner en duda mi legitimidad?».

Una expresión profunda e implacable se apoderó del rostro de Hyakki.